

TANCAMENT DE “L’ESGLÈSIA ROJA” DE VALLECAS

L’arquebisbe de Madrid, el cardenal Antonio Rouco Varela, ha ordenat el tancament de la Parròquia de San Carlos Borromeo de Vallecas (Madrid) per no seguir els cànons eclesiàstics. A continuació oferim la notícia del tancament i la declaració de la parròquia comunicant seva intenció de seguir oberta, ajudant als seus fets.

Rouco cierra la iglesia 'roja' de Vallecas

Existe desde hace casi 30 años una parroquia humilde en el barrio de Entrevías (Vallecas) llamada San Carlos Borromeo. En ella, sus tres sacerdotes -uno de ellos es el histórico Enrique de Castro, el *cura rojo*- trabajan con la población excluida socialmente y acogen en sus casas a ex presidiarios, drogadictos, inmigrantes o chavales de la calle. No le cierran la puerta a nadie.

Hasta ahí, sin problemas, según el arzobispado de Madrid. Pero es que los curas también dan misa vestidos en ropa de calle; admiten ateos y musulmanes; y en la eucaristía, en vez de hostias, reparten rosquillas. Y por eso, por no ajustarse a la doctrina de la Iglesia en cuanto a la liturgia se refiere, al arzobispo de Madrid, el cardenal Antonio Rouco Varela, ha comunicado a los tres sacerdotes que tienen que cerrar la parroquia y que se busquen otro destino.

"Nos han dicho que socialmente estamos muy bien, pero que en cuestiones de liturgia y catequesis, no", explicó ayer el cura Enrique de Castro. "Según ellos, la catequesis que damos no está homologada y la liturgia es un desastre", agregó el sacerdote, que lleva en esta parroquia 26 años. El arzobispado les ha transmitido que la parroquia se sale de los cánones de la Iglesia, y precisamente los curas defienden eso: que las liturgias tienen que adecuarse a los nuevos tiempos y a la realidad social.

"Hemos cambiado las hostias por rosquillas porque los niños no entendían que son las hostias normales. Fueron las propias madres las que nos trajeron las rosquillas. Y si nos hemos quitado los hábitos para dar misa es porque la gente nos lo ha pedido...", afirmaron los curas.

La parroquia de San Carlos Borromeo celebró ayer una multitudinaria comida donde acudieron cientos de personas a apoyar la labor de los curas. Por ahí pasó de todo. Desde matrimonios católicos de mediana edad; familias enteras de Vallecas, gente del movimiento *okupa*; jóvenes de izquierdas y gente de asociaciones de vecinos de todo Madrid. Los presentes comieron paella, escucharon música, tomaron vino en la terraza, repartieron abrazos y hubo mucha tertulia. "¡Mucho ánimo!", "¡Lucha!", "¡De aquí no nos vamos a mover!", repetían los congregados a los tres sacerdotes: Enrique de Castro, Pepe Díaz y Javier Baeza.

"No somos unos locos. Nos dedicamos al mundo de la marginación y esa gente es la que luego viene a misa porque han sentido que este lugar...", empezó a contar De Castro. Un joven le interrumpió. "Enrique, oye, que si me das dos euros para tabaco, que no he cobrado aún el paro". El sacerdote se saca el dinero del bolsillo, y continúa: "... porque han sentido que este lugar es como su casa".

Hasta Entrevías también se acercaron párrocos de otros lugares, como Andrés, el capellán del hospital Niño Jesús. "Les conozco desde hace años y por eso

he venido a apoyarles. Yo creo que la Iglesia tiene que aceptar que hay varios modelos de parroquias y que algunas, como ésta, lo que intentan es adecuarse al lenguaje de la gente", opinó.

Otro párroco, Daniel Sánchez, de la cercana parroquia de Santa María de El Pozo, también se manifestó en contra del cierre. "El arzobispado les achaca también que están aislados y que no se entienden con otros curas. Eso no es cierto. Las cinco parroquias de la zona estamos haciendo un buen trabajo en común", recalcó este hombre.

La parroquia de San Carlos Borromeo también acoge la sede de la Escuela de Marginación, donde se enseña a los que estén interesados en trabajar con gente marginada, y a la asociación Madres contra la Droga. "No tenemos que buscar otra sede porque no nos vamos a ir. Sólo faltaba. Aquí está nuestro domicilio fiscal y también humano", explicó Carmen Díaz, presidenta de la asociación.

Entre los más dolidos por el cierre están los marginados que han encontrado su refugio en esta particular parroquia. Como Tarik Inhaddou, marroquí de 27 años. "Llegué a Madrid en 2001, sin saber el idioma, no tenía donde ir. Llegué a la parroquia y me acogieron con los brazos abiertos", explicó. Los primeros años estuvo trabajando de camarero y ahora tiene un empleo de lo suyo: ingeniero informático.

Antes de la comida, por la mañana, la parroquia celebró una misa multitudinaria. Una misa que el arzobispado de Madrid había prohibido. Pero el cura Javier Baeza niega tajantemente que haya sido la misa de despedida. "No es la última, ni tampoco la penúltima misa, ni mucho menos", aseguró Baeza, aunque se mostró prudente a la hora de hablar de futuras movilizaciones o encierros.

Los tres párrocos pertenecen al movimiento Teología de la Liberación, aunque Baeza prefiere que se les llame "curas de barrio en medio de la gente, creo que nos define mejor". Fue el martes pasado cuando el arzobispado de Madrid comunicó a los curas que les echaban de la parroquia y que se buscasen otro destino. "No nos han dado un día concreto para que nos vayamos. El martes nos llaman a una reunión y el obispo de la diócesis de Madrid, Fidel Herráez, junto a otros dos miembros de la Iglesia y dos de Cáritas, abre una carpeta, y como si fuese un tribunal, me dice: 'Hemos decidido que tenéis que dejar de dar misa desde hoy mismo'; a lo que yo le contesto: 'Fidel, ¿eso es un baculazo!'", recordó Baeza. "¡Y encima se indignó! No ha habido diálogo. Canónicamente lo que han hecho desde arriba es una perversión", agregó el sacerdote.

En las paredes de la iglesia podían leerse ayer los correos electrónicos de apoyo que han recibido estos días. Y hay uno que les ha gustado especialmente, porque incluye un poema de León Felipe con el que se sienten muy identificados: "De aquí no se va nadie. Nadie. Mientras esta cabeza del Niño de Vallecas exista, de aquí no se va nadie. Ni el místico ni el suicida".

Declaración “ REUNIDOS EN NOMBRE DEL SEÑOR” DE LA PARROQUIA DE SAN CARLOS BORROMEIO

La decisión tomada por el Arzobispado de Madrid de cerrar nuestra parroquia nos hace pensar que la entreverada esperanza de que el Papa actual diese signos de apertura y confirmase el caminar renovador de una iglesia posconciliar, se ha ido desvaneciendo. Ahí están las recientes alarmas teológicas de Roma contra Jon Sobrino y otras que se están produciendo en diversas partes de la Iglesia. Nuestra parroquia, (conocida como parroquia de los marginados) presidida por los curas Javier Baeza, Enrique de Castro, y Pepe Díaz, y constituida por una pléyade de personas muy diversas, es testigo de cómo han entrado en ella y encontrado condiciones para llamarla *su casa*, casa que les ha permitido hacer amistad y comunidad con otros, buscar y reafirmar el sentido de la vida y compaginar sus afanes y luchas humanas con la fe en Jesús de Nazaret. Algo, pues, más que un lugar de rutina para cumplir preceptiva y ordenadamente unos rituales religiosos.

No nos imaginamos a Jesús de Nazaret, que dice estar allí donde se reúnan dos o más en su nombre, dispersando y alejando de su lado, a un grupo, a una persona cualquiera, que buscara oírlo, conocerlo, estar con él y seguirlo. Lo suyo era la cercanía, la mezcla con la gente, la instintiva preferencia por quienes veía más débiles, caídos, excluidos o necesitados: publicanos, pecadores, prostitutas, extranjeros, etc.

A Jesús no se le veía reunido en lugares distinguidos, especialmente preparados, donde se le recibiera con pompa y reverencia. Improvisaba cualquier lugar. Había quienes, provenientes de clase o función social relevante, se le acercaban taimados, dispuestos a examinarle y tenderle una trampa. Eran los Sumos Sacerdotes, los Senadores seglares de familias aristócratas, los Letrados (saduceos y escribas).

Con ellos Jesús fue implacable en la denuncia de su orgullo e hipocresía, de su afán de figurar y dominar. Lo que menos les toleraba era sus abusos en nombre de la religión. Su sentencia de que “hay que destruir el templo” los exegetas la interpretan como que el templo, en cuanto tal, ya no es necesariamente el lugar del encuentro con Dios y menos cuando ese templo ha estado simbolizando a un Dios favorecedor de los privilegios de la casta sacerdotal y legitimador de impuestos y cargas para los campesinos: “Llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Jn 4, 21-23).

El pueblo por el contrario, desconocedor de la ley y menospreciado, lo escuchaba encantado, hacía correr su nombre de boca en boca.

Podemos comprobar con gozo que el documento del Vaticano II “Presbyterorum Ordinis”, dedicado a los sacerdotes, refleja este espíritu cuando escribe que los presbíteros “viven entre los demás hombres como entre hermanos”, “no deben alejarse del pueblo de Dios ni de ningún hombre”, “no deben sentirse extraños a su existencia y condiciones de vida”, “deben conocerlos de verdad”, y puedan así “hacerse como San Pablo todo para todos” (PO, 3), “tratando, por lo tanto, a todos con eximia humanidad, a ejemplo de su Señor” (PO, 6).

Las tareas de los presbíteros, según el Vaticano II, son claras: 1ª) Ejercer su ministerio al modo como lo ejerció Jesús, sacerdote del pueblo para el pueblo. 2ª) Predicar el Evangelio de Dios a todos, pero adaptado a las circunstancias concretas de la vida, según las diversas necesidades de los oyentes. 3ª) Constituir y aumentar el pueblo de Dios. 4ª) Educarlo en una fe sincera y libre: “De poco aprovecharán las ceremonias por bellas que sean, si no se ordenan a educar a los hombres para que consigan su madurez cristiana”. Tal educación debe ayudarles a discernir los acontecimientos y a cultivar una vida comunitaria. 5ª) “Considerar que los pobres y los débiles, con quienes el Señor se presentó especialmente asociado, y cuya evangelización se da como signo de la obra mesiánica, les están confiados de manera especial” (PO, 6).

No entedemos que una “parroquia de marginados”, en consonancia con el Evangelio y el Vaticano II, se la pretenda configurar como una parroquia más o menos burguesa de nuestras ciudades, donde predomina frecuentemente la primacía estereotipada del cura y la regularidad estética del culto y no la participación directa y viva de la comunidad.

Si nos empeñamos en seguir al pie de la letra, y nada más que al pie de la letra, el diseño litúrgico del Misal romano con sus pormenorizadas rúbricas, damos como muerta toda vida y

creatividad litúrgica. Más que en creadores nos convertimos entonces en recitadores mecánicos de fórmulas litúrgicas, que nos impiden llevar a la celebración eucarística la realidad viva de nuestro tiempo, de nuestra gente, de nuestra comunidad y de nuestras personas concretas. ¿Por qué una comunidad de hoy no puede crear sus oraciones propias como lo hacían las comunidades anteriores en sus respectivas circunstancias? ¿Qué hace suponer que aquellas fórmulas –particulares de entonces- deben ser asumidas al pie de la letra y no puedan ser sustituidas por otras de hoy? Lo esencial –que es lo que hay que guardar- es permanente; pero lo accidental, cambia y es variable. Esta estéril y aburrida repetición de fórmulas y modelos del pasado es lo que ha llevado a calificar a buena parte de nuestra liturgia de *momia sagrada*.

No es difícil descubrir, tras la decisión de cerrar nuestra parroquia de San Carlos Borromeo, una peculiar concepción teológica:

- La autoridad eclesiástica se considera aparte y por encima de la comunidad y, por tanto, como autónoma y válida por sí misma.
- La persona es *a natura* corrupta e impotente para el bien.
- La persona y toda la realidad creada se desenvuelve bajo dos dimensiones: una profana y otra sagrada.
- La sanación, realización, santificación y gobierno de la persona no es posible sin la mediación de los ministros sagrados, depositarios y portadores de la verdad, de la santidad y del gobierno.

En el fondo, hay una desposesión de la santidad o bondad ontológica de la persona, de sus capacidades innatas para actuar con reflexión, libertad y responsabilidad y, lógicamente, una desconfianza radical en sí mismo y una dimisión de sí en otras instancias externas que le aseguran lo que por sí mismo no podría adquirir.

Este pensar sostiene en incolumidad el valor sagrado de la autoridad, la dependencia total de ella, y la justificación de toda suerte de arbitrariedad y despotismo. Naturalmente, nada de esto casa con lo que dice el concilio Vaticano II: “La personal dignidad y libertad del hombre no encuentran en ninguna ley humana mayor seguridad que la que encuentra en el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. Pues este Evangelio proclama y enuncia la libertad de los hijos de Dios, rechaza toda esclavitud, respeta como santa la dignidad de la conciencia y la libertad de sus decisiones, amonesta continuamente a revalorizar todos los talentos humanos en el servicio de Dios y de los hombres. Y, así, la iglesia proclama los derechos humanos y reconoce y estima en mucho el dinamismo de nuestro tiempo, con el que se promueve estos derechos por todas partes” (GS, 41).

A la hora de discernir la validez y oportunidad de esta decisión eclesiástica, nos proponemos seguir fieles al Señor y a los hermanos, guiándonos por los siguiente principios:

1.- Volver a Cristo, norma fundante y fundamental de la Iglesia

El Vaticano II decretó la renovación. Sin renovación la iglesia languidece y se ancla estéril en el pasado. Pero la reforma en la Iglesia no es posible sino es volviendo a Jesús. No hay más futuro para la Iglesia que el que viene de Jesús. La Iglesia sólo fue grande cuando ensayó humildemente el seguimiento de Jesús. Para discernir lo que es abuso, desviación o infidelidad en la Iglesia no tenemos más medida que el Evangelio. Muchas de las tradiciones establecidas en la Iglesia pueden llevarla a un verdadero cautiverio.

Con gran acierto, el concilio volvió a recordarnos que la Iglesia no tiene más centralidad que la persona de Jesús. Y si ella pretende seguir a Jesús, no tiene si no seguir contando al mundo lo que ocurrió con Jesús, proclamar su enseñanza y su vida. Jesús no fue un soberano de este mundo, no fue rico, sino que vivió como un aldeano pobre y, por su programa, -anuncio del Reino de Dios: dignidad, igualdad y emancipación de los más pobres- fueron los grandes de este mundo (imperio y sinagoga) los que lo persiguieron y eliminaron. Su condena a morir en la cruz, arrojado fuera de la ciudad como a un estercolero, es la muestra suprema de su incompatibilidad con los señores de este mundo. Destrozado por el poder, es el siervo sufriente, imagen de otros innumerables siervos, derrotados por los que gobiernan y se hacen llamar señores, pero acreditado y resucitado por Dios mismo.

2. Volver a una Iglesia anunciadora del Reino y servidora.

“La Iglesia recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos” (LG, 5). Lo que Dios desea para el mundo, en perspectiva cristiana, lo ha hecho manifiesto a través de Jesús. Y la Iglesia, si algún encargo tiene, es el de manifestar lo hecho por Jesús. Nunca la Iglesia es meta de sí misma. La salvación viene de Jesús, no de la Iglesia. Nunca ella tuvo otro Señor.

Cristo mismo no se anunció a sí mismo ni se predicó a sí mismo sino al Reino. La Iglesia, discípula y seguidora suya, debe hacer lo mismo. Su vocación es servir, no dominar: “Sirvienta de la humanidad”, la llamaba el Papa Pablo VI. Este servicio lo hace viviendo en el mundo, sintiéndose parte del mundo y en solidaridad con él, pues “el mundo es el único tema por el que Dios se interesa”.

3. Volver a una Iglesia democrática y democratizadora que haga real la igualdad

“En el Pueblo de Dios es común la dignidad de los miembros, común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección: una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad. No hay, por consiguiente, en Cristo y en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza, de la nacionalidad, de la condición social o del sexo, porque no hay judío ni griego; no hay siervo o libre; no hay varón ni mujer. Pues todos vosotros sois “uno” en Cristo Jesús (Gal 3,28 gr.; Col 3, 11)” (LG, 32). “Existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo” (LG, 32).

La democratización de la Iglesia es asunto suyo vital para que pueda adquirir credibilidad en la sociedad actual. Pero esa democratización no es posible sin lograr una auténtica convivencia de hermanos e iguales. Y este objetivo no se logra ciertamente por las sendas de un sacerdocio presbiteral superior, privilegiado y excluyente, tal como aparece configurado con concentración absoluta del poder en el vértice, y delegado en los demás grados de la jerarquía.

Para emprender este camino hay que partir de la vida de Jesús, el cual, siendo laico, “produjo un cambio de sacerdocio” (Hb 7,12), “fue sacerdote por la fuerza de una vida indestructible” (Hb 7,16). La constitución del sacerdocio de Jesús está en que “se asemeja a sus hermanos, es compasivo, prueba el sufrimiento, ofrece en su vida mortal oraciones a gritos y lágrimas, es decir, se identifica con su pueblo, sin avergonzarse de llamarlos hermanos”. La vida entera de Jesús fue una vida sacerdotal, en el sentido de que se hizo hombre, fue un pobre, luchó por la justicia, fustigó los vicios del poder, se identificó con los más oprimidos, los defendió, acogió y trató sin discriminación a las mujeres, entró en conflicto con los que tenían otra imagen de Dios y de la religión y tuvo que aceptar por fidelidad ser perseguido y morir crucificado fuera de la ciudad. *Este original sacerdocio de Jesús es el que hay que proseguir en la historia.*

Consecuentemente, es esto lo que enseña el Vaticano II: “*Todos los bautizados son consagrados como sacerdocio santo*” (LG, 10).

Como enseña el apóstol Pablo hay en la Iglesia diversidad de funciones, pero ninguna de ellas se traduce en rango, superioridad o dominio. Todos son hermanos y hermanas y, en consecuencia, iguales. Una tarea ésta inmensa de cara a las mujeres, doblemente discriminadas en la Iglesia como laicas y mujeres.

La responsabilidad es de todos, dentro de un modelo comunitario, con diversidad de carismas, derramados por el Espíritu para el servicio de la comunidad. Una iglesia comunitaria y pluralista.

El Vaticano II no pone el fundamento de la Iglesia en el esquema bipolar “clérigos-laicos” que quita protagonismo, participación y responsabilidad a la asamblea cristiana.

Todo cristiano y toda cristiana participan en la triple función de Cristo: *enseñar, santificar y gobernar*. La Iglesia entera, pueblo de Dios, prosigue el sacerdocio de Cristo, sin perder la laicidad, en el ámbito de lo profano e inmundo, de los echados fuera. *Este sacerdocio* es lo primero y sustancial; *el otro*, el presbiteral, es un ministerio admirable, pero en cuanto ordenado al común es posterior, secundario y de servicio. El presbítero es, antes que nada, “ministro de la Palabra”, que debe comunicar a todos, sin que se vea ceñido exclusivamente al altar y a la administración de los sacramentos.

4. Volver a una Iglesia profundamente humana que establezca una nueva relación con el mundo

El cambio de relación de la Iglesia con el mundo es uno de los cambios mayores operados por el Vaticano II. Son muchos los textos en que el concilio habla “de tender un puente hacia el mundo”, “de querer entablar un diálogo con él”, “de sentirse solidario con su historia”, “de considerar sus senderos como propios”, etc. La Iglesia expresaba su conciencia de necesitar ser evangelizada, de reconocer el dinamismo de la época actual y cuanto de bueno, verdadero y justo existe en la variedad de las instituciones humanas, de escucharlo y aprender de él, de proclamar los derechos humanos. (Cfr. GS, 1, 40,42,43) .

El concilio se abría con inmensa simpatía al mundo, a la ciencia, al progreso, a los valores humanos, a la colaboración entre la ciencia y la fe, al respeto de la autonomía de lo creado y a los derechos de la razón, de la ciencia y de la libertad. Resulta estimulante volver a recordar estas palabras del papa Pablo VI: “Vosotros, humanistas modernos, reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros –y más que nadie- somos promotores del hombre” (Pablo VI, 7-XII-1965, nº 8). Lo mismo expresó el papa Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia*: “Mientras las diversas corrientes del pasado y del presente pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia, en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unir las en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales , y quizás el más importante, del Magisterio del último concilio” (*Dives in misericordia*, 1).

Valoración y conclusiones

Afortunadamente, la base y guía fundamental del cristiano es el Evangelio, que juzga cualquier comportamiento, incluido el de la jerarquía. Todo mandato debe ser conforme a razón y a las pautas del Evangelio. Y, en la medida en que no sea ni racional ni evangélico, es lícito no obedecerlo. Hay que saber obedecer , pero también y hay que saber mandar.

Por lo personal y comunitariamente vivido, por lo inmediatamente acontecido, entendemos y, por eso, lo denunciamos, que la autoridad eclesiástica, representada por el cardenal de Madrid, ha actuado de modo arbitrario e ilícito. Tal actuación

1. Tal actuación demuestra que dicha autoridad ha juzgado y manifestado sin fundamento, que la comunidad parroquial de San Carlos Borromeo celebra la Eucaristía en disconformidad con el espíritu y exigencias de la verdadera liturgia católica.
2. El procedimiento seguido hasta adoptar esta decisión, demuestra todo un talante distante, desconfiado, autoritario, que no se ha movido a impulsos de lo exigido por un trato y diálogo de igualdad fraternal. La autoridad desconoce el ritmo real de nuestra comunidad, no la ha escuchado ni respetado, y más que un servicio de apoyo, felicitación y aliento ha expresado un comportamiento de incomprensión, reproches y prepotencia hacia los sacerdotes y miembros de toda la comunidad. Una decisión de ese tipo no es aprobable ni evangélicamente, ni teológicamente, ni éticamente, ni jurídicamente.
3. Es inadmisibles la valoración dual que se ha hecho, a distancia y sin conocimiento de causa, de que *en lo social* la comunidad es admirable y en *lo litúrgico y catequético* un desastre. Ese dualismo no existe en la comunidad sino en la mente de quien tal piensa y ordena . En la comunidad parroquial el anuncio del Evangelio es esencial y sirve para iluminar, guiar y formar los comportamientos de la comunidad. Su vivir no está separado de su fe, de una fe en el seguimiento de Jesús, norma fundamental de todo el quehacer cristiano.
4. Tenemos motivos suficientes para exponer nuestro desacuerdo con los juicios y decisión de nuestro Pastor e invitarle a mostrar más confianza y respeto en sus hermanos en la fe, a implicarse antes de juzgar en su vida, problemas, sufrimientos, luchas y esperanzas de sus asambleas eucarísticas, a reconsiderar y lamentar la decepción que les ha producido y reparar la mala imagen que de la Iglesia está

proyectando en muchos ambientes y multitud de personas y en muchísimos de los que, contra lo que él y sus asesores piensan, han encontrado en esta parroquia atracción, claves y motivaciones evangélicas y humanas para sentirse más humanos y luchar por un mundo más justo y fraterno.

5. Nos duele que, ante tanta vida, de tantos años, surgida de tanto amor, generosidad y compromiso nos veamos precisados a sufrir actitudes y acciones tan injustas e impropias de unos hermanos en la fe, cuya misión es promover y asegurar la unidad en la fe, el amor y la esperanza.

- **Declaración reflexionada, comentada y aprobada
en Asamblea Comunitaria
por la Parroquia de San Carlos Borromeo**

Madrid, 1 de Abril de 2007

La parroquia 'rebelde' celebrará la misa del Domingo de Resurrección

Mientras feligreses y curas de la iglesia de San Carlos Borromeo, en Entrevías, anunciaban ayer por la mañana que celebrarán con una misa el Domingo de Resurrección pese a la orden en contra del arzobispado, el cardenal y arzobispo Antonio María Rouco proclamaba en la Almudena que "los ministros de la Iglesia no deben ser protagonistas, sino servidores". Comenzaba el cuarto día de lucha de la parroquia *rebelde*. La jerarquía permite a los sacerdotes seguir con su labor social sólo bajo la supervisión de Cáritas. Pero los curas dijeron que, si es necesario, buscarán un local donde seguir con ambas labores.

"Habrá misa el Domingo de Resurrección porque hay mucho que celebrar: la esperanza de que se sale del dolor y de la injusticia", explicó Javier Baeza, uno de los tres curas de San Carlos Borromeo (Entrevías), durante la celebración en el templo de una rueda de prensa. El arzobispado ha advertido a los tres sacerdotes que, en el caso de que insistan en su postura serán sancionados.

Mientras, el arzobispo de Madrid, Antonio Rouco Varela, celebró ayer misa en la catedral de la Almudena. En la homilía, Rouco hizo algunos comentarios que parecían dirigidos a los sacerdotes rebeldes. "Los ministros de la Iglesia no deben ser protagonistas, sino servidores y el sacerdocio debe ejercerse con humildad", afirmó el cardenal.

La jerarquía eclesiástica les permite seguir con su labor social, pero supervisados por Cáritas, institución a la que el arzobispado ha cedido las instalaciones parroquiales. Un portavoz de Cáritas señaló que aún no tienen fecha de traslado. "Ya tenemos una oficina dentro de la parroquia y vamos a seguir haciendo el mismo trabajo, en el que tienen hueco los tres sacerdotes", explicó el portavoz.

Pero los curas recalcaron que la labor social va unida a la liturgia y que no piensan separarla. "La proclamación de la justicia y la de la fe es un matrimonio indisoluble. Tanto sentido tiene ir a buscar a un chaval a la salida de la cárcel como juntarnos a celebrar la resurrección de Jesús", explicaron los sacerdotes. En el templo, por ejemplo, hay empadronadas 180 personas que no tienen un domicilio fijo.

En el caso de que la jerarquía eclesiástica obligase a los curas a irse de la iglesia, éstos lo tienen claro: "La parroquia no es el edificio. En último término, si el arzobispado convierte las instalaciones en un centro de Cáritas, la actividad católica de la parroquia continuará en otro lugar, ya que nuestra fe estará donde estén las personas que la componen", aseguró Javier Baeza.

Hasta la parroquia también se acercó el actor Guillermo de Toledo. "Para la gente que hace años nos desvinculamos de la Iglesia, cuando vemos la labor de esta parroquia nos volvemos a sentir identificados con la palabra de Jesús", concluyó Toledo.